

SIEMPRE ES TIEMPO DE APRENDER

Cuando ocupaba mi tiempo la puntualización de datos para una referencia que considero obligada a la vida cultural -extraoficial- de Cataluña, en la larga etapa del régimen -que no hizo objeto de su predilección las «res intelectuales»-, un azar, «el redondo y seguro azar» del que tanto se fiaba el poeta Pedro Salinas, hizo, con su seguridad fiel a los valores del espíritu, que yo conociera de alguna manera a **Salvador Espriu**, uno de los más grandes escritores de hoy.



Confieso paladinamente que, si sabía de su nombre, yo no conocía su importante obra de poeta, narrador y dramaturgo. Pero el azar, «el seguro azar», me hizo encender el aparato de televisión y encontrarme con el programa que dirige Soler Serrano en el que presenta a personalidades de la ciencia, de las letras y de las artes. En uno de esos espacios, por casualidad, pude ver y escuchar a don Salvador Espriu, y casi desde sus primeras palabras la voz del poeta catalán se apoderó de mi atención, impresionándome profundamente por el acento de autenticidad, por la serenidad y el buen juicio de sus manifestaciones, que avivaron en mi conciencia el remordimiento por mi ignorancia y mi pereza culpables. Así he de decirlo, pues nada es más tonto que fingir.

Diré que antes incluso tenía ciertos prejuicios como consecuencia de unas palabras suyas que si no despectivas significaban al menos el desconocimiento por su parte de un escritor, poeta y político, castellano viejo, recientemente fallecido; hombre cabal y valeroso al que yo quise mucho y admiré más. Prejuicios que se desvanecieron de golpe al escucharle. Fue un fenómeno de súbita revelación, a través de la pantalla, de un hombre seco y en apariencia frío, pero sin duda de soterrada, profunda y precisa emoción, a quien nunca habíamos visto y cuyas palabras desprovistas de toda preocupación por resultar brillantes -de la vanidad de causar efecto- nos empujaban de una manera impaciente a la necesidad de conocer su obra y de penetrar en ella para así ser absueltos de nuestra ignorancia.

Nacionalista catalán -catalanidad «es seny y austeridad»-, pero ama, o se asoma con cordialidad, a todos los pueblos ibéricos y considera, entre ellos, a Portugal como uno de los más grandes países de la civilización mundial.

Políticamente se define como republicano convencido -no marxista- de ayer y de siempre, pero es respetuoso con otras ideas y regimenes políticos o formas de Estado.

En relación con la guerra civil, nos ha dicho que fue un tercero en discordia y que «padeció por los unos y por los otros», lo que ahora -¡cosas y años sobre nuestra vida!- comprendemos y nos hace estar mucho más cerca de los que sufrieron tanto en una como en otra zona, que de aquellos para quienes la guerra, también en una y otra orilla, fue sólo ocasión de prolongada prepotencia sin capacidad para reconocer y rectificar ni un solo error. En Espriu, por el contrario, es constante -en medio del huracán de pasiones, histerismos, osadías y violencias que nos azota- su predilección por la tolerancia, la liberalidad, el respeto y la comprensión, recordándonos estas

palabras de Sófocles, para él las más hermosas de la Antígona: «Yo no he nacido para el odio, sino para el amor.»

Después de referirse de un modo impersonal a los muchos y buenos escritores catalanes actuales, nos trae con emoción el recuerdo del genial renovador de la poesía catalana del Renacimiento, a quien llama el más grande de los poetas catalanes de la Antigüedad: Ausias March, con sus *Cants d'amor* y *Cants de mort*, a quien obsesiona el triunfo del amor sobre todas las cosas, pensando que la muerte era temida porque con ella el poeta perdería el dolor de no poder amar, y llegando al convencimiento de que el amor vence a la muerte. Siguiéron sus referencias a Joanot Martorell, el del *Tirant lo Blanc*, sobre quien no hace mucho tiempo tuvimos el privilegio de seguir un serio y delicioso trabajo de Dámaso Alonso, director de «La Española». Y con reverencia se refirió también al escritor y filósofo mallorquín Ramón Llull, a quien llamamos nosotros, corrientemente, Raimundo Lulio.

Espriu, que ha conocido la amargura, frecuente en los escritores españoles, de tener que acudir a otras actividades para subsistir, empezó escribiendo en castellano en los años de la dictadura de Primo de Rivera, según nos cuenta, para seguir muy pronto su obra en el idioma de su tierra catalana -una tierra de tan antigua cultura-, y con sobria modestia nos dice que él es sólo un artesano de esa lengua en la que se sigue trabajando, lejos de todo ruido, en el silencio de sus soledades, muy ilusionado, en un importante proyecto literario que anuncia con el nombre de *La Roda del Temps*, en cuyo empeño le deseamos vida larga para terminarlo.

Horas después de escuchar a ese hombre tan admirado en Cataluña, donde la juventud recita con fervor y canta sus poemas, pedí a mi librero el envío de sus obras porque, aunque tarde, cuando ya es llegado «el arrabal de senectud», todavía hay tiempo para aprender.

Ahora que conocemos al hombre, hacemos promesa de conocer su obra.

(*La Vanguardia*, 29 diciembre 1976.)